

poco de incienso haciendo constar que fui el primero en ver el papel importante que Méjico jugaba en esta Exposición. Aquella importante República, que ha dado al mundo un ejemplo de inteligencia y de buen sentido haciendo jefe del Estado, y sosteniéndolo años y años, al hombre más perspicaz que se ha conocido como gobernante, ha conseguido en esta Exposición Universal ser el país de que se ocupa más la prensa de importancia: *Le Figaro*, *Le Journal des Débats*, *Le Gaulois*, *Le Temps*, toda la alta prensa, en fin, que por estar dirigida con acierto dirige á la opinión, ha dedicado sendos artículos de gran encomio á Méjico por la forma con que se ha presentado en este gran certamen y por el gran progreso en que está aquel soberbio país, por cuyas venas corre nuestra sangre y cuyas lenguas hablan nuestro idioma.

Méjico ha sabido, no solamente presentarse bien en la Exposición, sino hacerse representar admirablemente en la capital de la República francesa, pues D. Sebastián de Mier, cuyo retrato ha honrado hace poco tiempo la primera página de LA ILUSTRACIÓN, ha sabido de tal modo cautivar voluntades, que no hay sufragio que no le pertenezca, ni persona que no le alabe.

Y á imitación de lo que la prensa francesa dice al terminar sus artículos *mejicanos*, yo diré: En breve volveré á ocuparme de este asunto.

A. MAR.

UN COTILLÓN EN PEKÍN.



ESTÁBAMOS en casa de Mme. Knobel, señora del ministro de Holanda en Pekín. Era un día de Carnaval. Tomábamos el té, y las damas del Cuerpo diplomático se quejaban de la tristeza de aquella corte celeste, recordando con envidia las tan alegres y animadas fiestas europeas en los días de Carnaval. De pronto, alguien propuso la idea de un *cotillon masqué* improvisado. Las damas la acogieron con júbilo, y yo fui encargado de su realización.

¡Triste recuerdo! Fui á la Legación de Francia á proponer el proyecto de las damas á Mme. Pichon. Ella, por no tener hijos, podía más fácilmente que otras dar la fiesta en su casa, de improviso. Mme. Pichon, siempre cariñosa, «no deseaba otra cosa». Pero ¿cómo improvisar un cotillón en Pekín? El problema, sin embargo, fué resuelto. No hay imposibles para una mujer amable cuando se trata de una fiesta divertida. Pocas horas después, el parque de la Legación francesa se veía invadido por carretas chinas. Madame Pichon, con todo el personal de la Legación, volvía de recorrer los almacenes europeos de Pekín, la tienda japonesa, los establecimientos chinos. Hasta las barracas de las ferias permanentes de la capital, escondidas en las tortuosas calles del barrio chino, llenas de letreos y linternas fantásticas, todo había sido rebuscado.

De las carretas, paradas en el patio, los criados chinos, vestidos con largas túnicas bordadas de seda, sacaban paquetes y objetos. Eran monstruos de cartón: animales feroces, como dragones, ó inocentes, como mariposas; lanzas, espadas y otras armas sanguinarias, de madera y papel dorado, siniestra contradicción del destino; las infinitas chucherías del país: abanicos, porcelanas, sombrillas, linternas; todo caprichoso, abigarrado, fantástico. Mme. Pichon, muy atareada, dirigía la maniobra. El Ministro de Francia, divertido, sonreía, y amablemente, con la especial amabilidad de los miopes, ayudaba.

Al día siguiente se preparaba la casa y se lanzaban las invitaciones. Era preciso que resultara una fiesta divertida, y todos debíamos trabajar por ello. Nosotros, los hombres, gravemente dibujábamos y combinábamos las figuras del cotillón, inventábamos algunas con alusiones al país, ordenábamos todo para que el baile no cesase un momento. Y echada la última ojeada sobre todo, nos retirábamos para vestirnos caprichosamente, el que menos de frac rojo y calzón corto.

¡Qué comida tan alegre, en la intimidad, la que precedió al baile! Estábamos allí los que habíamos intervenido en la fiesta, ayudando á los dueños de la casa. Mme. Pichon y el Ministro de Francia sentían de vez en cuando cierto temor por el resultado del cotillón, y me hacían á mí responsable de la cosa. Y el Sr. Cologan, *le doyen*, reía. No temía él un fracaso. No hay nada que resulte mejor que lo imprevisto. Y así fué.

La comida acabada, tomamos el café en la ga-

lería de cristales, para ver desde allí la llegada de las damas. El jardín, bajo el cielo espléndido de Oriente, estaba todo sembrado de inmensas linternas de papel con grandes caracteres rojos, sostenidas sobre un caprichoso trípode de caña. Las damas, puntuales, deseosas de divertirse, acudían presurosas á la cita. Precedidas de un «mañú» ó hombre á caballo, encerradas en los chinoscos palanquines forrados de seda, se las veía desfilir rápidamente, llevadas en andas por cuatro vigorosos *porteurs*. Sus siluetas cruzaban fugitivas, se adivinaban más que se veían. Las sillas de manos se paraban de pronto, y las damas iban entrando en el salón.

A la ilusión fantástica de las sombras chinas del jardín sucedía la sorpresa. Aquellas damas jóvenes, bellas, elegantes, escotadas bajo los caprichosos capuchones, cubiertas de piedras, adornadas con ricas telas y transparentes encajes, parecían figurines de París ó de Londres. Y los salones de la Legación de Francia, cubiertos de tapices y objetos de arte, lujosamente amueblados, parecían los de una Embajada de San Petersburgo ó de Viena. Una mano hábil y vigorosa arrancaba del piano las vibrantes notas de un vals. Las parejas se sentían arrastradas. La segunda ilusión era completa. Nos encontrábamos de pronto trasportados á Europa, en el seno de la civilización lejana.

Y todos, con animación loca, tomaban parte en el baile. El Sr. Cologan, decano del Cuerpo diplomático, ministro de España, tan digno, tan caballero, bailaba un rigodón, y bailaban como él los más graves diplomáticos, por cuyas manos pasaron horas antes grandes asuntos de Estado. Yo dirigía el cotillón con Mme. Pichon. Al principio ella y yo tomábamos en serio nuestro papel; pero bien pronto nos dejábamos arrastrar por el vértigo general, y dirigíamos un cotillón vertiginoso, fantástico, loco. Era tal nuestro cansancio, que no podíamos dirigir la última figura. El ministro de Holanda, Mr. Knobel, y la Baronesa de Hey-King, mujer del Ministro de Alemania, nos reemplazaron, dirigiendo la *farandole finale*, mientras nosotros corríamos á ver si estaba la cena preparada.

Cena más divertida no fué vista jamás. Servida en mesitas, los más íntimos cenaban juntos, bromeaban en absoluta confianza. Recuerdo de aquella inolvidable fiesta es el grupo fotográfico que entonces se hizo de cuantos en ella tomaron parte, y cuya reproducción aparece en la pág. 109 de este número.

Comenzando por la línea inferior, de izquierda á derecha del lector, están sentados sobre una piel: el Barón Vitale, intérprete de la Legación de Italia; Mr. Doesberg, intérprete de la Legación de Holanda; Mr. Oliphant, vicecónsul de Inglaterra, muerto en el ataque de las legaciones en Julio, y el Sr. de Luca, oficial de las Aduanas imperiales é hijo de un antiguo ministro de Italia en Pekín.

Detrás aparecen sentados Sir Claude Macdonald, ministro de Inglaterra; lady Macdonald; Mme. de Prittwitz, señora del Secretario de Alemania; la niña Ivi Macdonald; la Marquesa Salvago, señora del Ministro de Italia; la Baronesa de Hey-King, señora del Ministro de Alemania; Mme. de Giers, señora del Ministro de Rusia; Mme. Berteaux, señora del Canciller de la Legación de Francia, y Mme. Dalton, dama de Tientsin.

Detrás están, de pie, Mme. Brazier, señora del Oficial mayor de las Aduanas imperiales; míster Bax-Ironside, primer secretario de Inglaterra; Mr. Squiers, secretario de los Estados Unidos; Mme. Pichon, señora del Ministro de Francia; Sr. Fumio Jano, ministro del Japón; el Barón Czickan, ministro de Austria; Mme. Knobel, señora del Ministro de Holanda; D. Fernando de Antón del Olmet, secretario de España; D. Bernardino J. de Cologan, ministro de España, decano del Cuerpo diplomático; Mr. de Rosthorn, secretario de Austria; Mr. de Solovieff, secretario de Rusia; Mme. de Rosthorn; el Barón de Hey-King, ministro de Alemania; Dr. Matignon, de la Legación de Francia, y el Marqués Salvago, ministro de Italia.

En el último término se hallan Mr. Lauru, oficial de las Aduanas imperiales; Mr. Le Brun, secretario de Francia; Mr. Ketettels, vicecónsul de Bélgica; Mr. Bethel, oficial de las Aduanas imperiales; Mr. Tours, canceller de la Legación de Inglaterra; Mr. Lecomte, intérprete de la Legación de Francia; el Honorable Grosvenor, hijo de lord Grosvenor, secretario de Inglaterra, suicidado hace unos días en Viena, y el Caballero de Wouters, consejero europeo del Tsung-Li-Yamen.

¡Sarcasmos de la suerte! Poco después de un año, la mayor parte de los que allí estaban su-

frían el largo, el espantoso martirio de que los telegramas nos dan cuenta. Todas aquellas damas tan bellas, tan amables, amigas tan cariñosas; todos aquellos hombres, colegas y amigos queridos, compañeros las unas y los otros de destierro, están allí, en Pekín, Dios sabe cómo, pero de tal manera que pensarlo causa horror. ¡Cuántas veces, ahora, ha venido á mi memoria el recuerdo de aquel *cotillon masqué*! ¡Cuántas veces también, en las horas de indecible angustia, habrá venido á la memoria de las víctimas de Pekín el mismo recuerdo, y cuán siniestramente habrán resonado en sus oídos aquellas notas tan vivaces de aquel baile tan alegre! Y á los que por acaso hemos librado de tanto horror, al recordar aquel baile nos parece ser víctimas de una cruel pesadilla. No todo es fiestas y cotillones, tocados y uniformes, condecoraciones y banquetes en la vida del diplomático.

FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET.

18 Julio 1900.

EL CIEGO Y LAS CIRUELAS.

FÁBULA.

Á un mendigo algo raro,
Ciego de nacimiento y muy avaro,
Le dijo cierto día el lazarrillo:
— ¡Se me ocurre una idea!

— ¿Cuál, Pablillo?

— Estamos sin comer
Desde el amanecer.
De seguir á este paso,
Tendremos que dormir á campo raso,
Dando, como hemos dado á la comida,
Un «adiós» á la cena apetecida.
Dormir con el estómago vacío
Es causa de calambres y de frío.
Un cólico prefiero,
Porque, ó sano, ó me muero:
De ambas maneras salgo ganancioso;
Y luego es muy hermoso
El pensar que si cólico he tenido,
A consecuencia fué de haber comido.
— Yo no sé adónde vas con ese embrollo,
Que ciego soy de vista y de meollo.
— Yo tengo un *perro chico*.

— ¡Quita, chuchro!

— Y aunque no sea mucho,
Con otro *perro chico* que usted apande,
Ya es una *perra grande*.
Compramos una libra de ciruelas,
Las comemos, y echamos medias suelas
Al estómago hambriento,
Que se pondrá, sin duda, muy contento.
— Confieso que tu plan no me disgusta;
Mas oye una razón que creo justa.
Ya que á escote paguemos,
Los dos comer debemos
Número igual, pues no me tendrá cuenta
Que coma yo catorce y tú sesenta.
— ¡Advertencia oportuna!
Usted se come una,
En seguida yo otra, y de este modo,
Turnando vamos y se arregla todo.

Las ciruelas compraron,
En la gorra de Pablo las echaron,
Sentáronse en el suelo,
Y por mantel pusieron un pañuelo.

El ciego comenzó muy comedido,
Conforme á lo que habían convenido,
Y Pablo, al empezar, también comía
Con toda corrección y cortesía.

Pasado un breve rato,
El ciego echó las cosas á barato,
Y en lugar de una sola, dos tragaba
Cada vez que su turno le llegaba.
Visto lo cual de Pablo, sin exhibar,
Ni menos protestar,
Discurrió de este modo: ¡Conque dos,
Faltando á lo pactado?... ¡Vive Dios
Que ha de salirte el cálculo al revés!
Y principió á comerlas tres á tres.

Acabado el festín, el ciego airado
Le dijo al lazarrillo: — He sospechado
(Y así tengan mal fin mis tristes días)
Que tú de tres en tres te las comías.
¡Y me fundo, bellaco y mal nacido,
En que yo dos á dos las he comido,
Y tú, á pesar de verlo claramente,
Comías y callabas santamente!

Al prudente y sufrido,
Siempre el mundo por necio le ha tenido,
Cuando en mil ocasiones se ha probado
Que el que cree engañar es engañado.

Por la copia,
TOMÁS LUCEÑO.